

ARTÍCULO DE FONDO — Cuadro de JUAN VITORICA.

Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

otras al cardenal Monescillo, honra y prez de la Iglesia española. «La cuestión social solo puede resolverse con pan y hojas de catecismo.»

Glosad este pensamiento, y llegaréis á una conclusión inequívoca, cierta, inatacable, es á saber: que la felicidad de las colectividades humanas se apoya en el Trabajo y la Religión.

En el Trabajo, porque, sujeto el hombre á una multiplicidad de relaciones y á sus propias necesidades, ve obligado á llenar una labor más ó menos pesada y difícil, más ó menos en armonía con sus aficiones y aptitudes, pero ineludible, para conquistar el pan de que se alimenta el cuerpo. Resuelto así el problema de sus intereses materiales, que es el de la subsistencia, el hombre deja de sentir el aguijón de la penuria y el sobresalto de la duda, y consigue en cambio la tranquilidad que consigo trae aparejada la confianza en el mañana. Sus compañeros de tareas le estimulan; apodéranse de su espíritu legítimas ambiciones y nobles anhelos; cobra afición á la virtud y horror al vicio. El Trabajo es, en suma, acicate que lo encauza y conduce por el buen camino, y al par freno que le detiene ante los precipicios que el mal abre sin cesar bajo la planta de los mortales.

En la Religión, por los consuelos inefables que proporciona. El Catecismo, libro tan pequeño que cabe en el hueco de la mano, contiene verdades y preceptos tan grandes que llenan el universo. La vida ejem-

plar de Aquél que por redimirnos hizo el sacrificio de morir en afrentosa cruz, es una lección impercedera de bondad y amor al prójimo. Sus máximas llegan á todos los corazones; ablandan á los empedernidos y fortalecen á los que desfallecen. Cuando las creencias religiosas no faltan, tampoco falta caridad por parte de los poderosos, ni resignación en los humildes. Con caridad y resignación quedan solucionados los males todos de la sociedad. Más, una y otra, obra son de la Religión tan solo.

Resulta, pues, que en admirable consorcio el Trabajo y la Religión se aunan para conseguir el fin común de la felicidad de los pueblos.

Practicando la ley del Trabajo, que es la primera virtud,—labor prima virtus,—y respetando las immanentes de la Religión, que es la primera de las necesidades, la sociedad habrá triunfado de su principal y más funesta enemiga: la envidia, hija natural de la soberbia.

Entonces, cuando todos los hombres, sintiéndose iguales ante Dios, árbitro supremo de sus destinos, se rijan por los evangélicos preceptos de solidaridad y amor, quedará evidenciado, con toda la evidencia del axioma, que la felicidad de los pueblos es directa consecuencia del Trabajo y de la Religión, esto es, obra firme y eficaz del Catecismo y del pan, únicos elementos capaces de resolver la pavorosa cuestión social.

ANTONIO ASTORT

## FAUSTO... Y MARGARITA

El choque fué inevitable en aquellas dos almas, de igual temple, que el curso de la vida mantuvo siempre lejos la una de la otra, y que el mismo curso de la vida, por fin, juntaba y confundía en un mismo beso de luz, en aras de la redención, que es el amor...

Cuando lograron hallarse, ya casi habían recorrido ambos la mitad de la vida y pasado por las distintas eventualidades que ésta les deparara. Luisa había cumplido ya veintiocho años; Fausto pasaba de los treinta y dos. Así y todo se reconocieron al punto, tras un breve y elocuente diálogo, sostenido, más que de palabra, por los ojos, á los que se asomaron sus almas, deslumbradas, curiosas, rebosantes de inefables preguntas, al par que de dichosas aseveraciones. Sí, no les cabía duda, *por fin se hallaban*; en noche de gran baile y en aquel desierto salón en donde, valiéndose de la confianza que tenía con los dueños de la casa, Luisa se refugiaba, huyendo de la barahunda enojosa de la gente, á la sazón en el comedor reunida. En aquel salón, en donde la divina música de Fausto, divina y magistralmente interpretada por Luisa, se perdía como corriente dulce y profunda de suspiros que estremecía con vagas ondulaciones las luces y que pasaba por junto á las cornucopias, estilo Luis XV, sin siquiera empañar sus venecianas lunas.

El alma esencialmente artista de Luisa, convencida de su soledad, transmitiase al piano, íntegra y sincera, confiando á las notas sus vagas nostalgias, sus íntimas tristezas, sus más remotos ensueños...

Al acabar de tocar, misteriosamente atraída, se volvió, y entonces púsose vivamente de pie, perpleja, llena de turbación, al tropezar sus ojos con los de un hombre que detrás de ella, en actitud de recogimiento permanecía.

Mas de igual suerte que véis animarse de espléndidos tonos de vida la vegetación que, al sentir en sus raíces la bienhechora inmersión del agua, revive, así el conturbado semblante de la joven se coloreó de improviso por viva satisfacción. Es innegable el tacto exquisito que tiene la mujer para saber á qué atenerse con respecto á la impresión que causa, sobre todo si ésta es buena, Luisa estaba segura de su triunfo; la turbación del joven no podía ser más elocuente, mientras que así le hablaba:

—Perdón, señorita, perdón si he osado enajenar con mi presencia la

soledad en que su alma, como Diana celestial del arte, con tan divina desnudez se mostrara... si he profanado ese baño apacible sobre cuya diáfana seductora me ha sido dable descubrir los encantos de su presentida hermosura... Vagaba al azar por los corredores, cuando vino á herir, nó, á acariciar mis oídos la música de mi nombre, la misma que allá en los primeros años de mi juventud, arrancando á mi alma en crisálida fulgentes alas de mariposa, me hizo soñar con un amor ideal, nunca realizado... Antojóseme aquella música el llamamiento de un alma y... qué sé yo, maquinalmente aquí me he dirigido, casi á hurtadillas, procurando no llamar su atención, avaricioso de mi propio encanto.

Un rumor continuo y heterogéneo de gritos descompuestos, de huecas risas y cristalinos choques, llegaba, atenuado por la distancia, hasta aquel tranquilo recinto, acusando la social rebujina de los que de engullir no cesaban y haciendo más ostensible la soledad que rodeaba á aquella singular pareja. Mas con serenidad y tacto salvó Luisa esta circunstancia embarazosa, apresurándose á contestar ante las razones de Fausto:

—Por lo que oigo, antes que perdonarle, debo dar á usted las más expresivas gracias por su atención, á la que, francamente, no me hubiese atrevido á aspirar...

Y acompañando de un gracioso mohín sus palabras, Luisa fijó ya franca y abiertamente en los negros ojos de Fausto los suyos azules y hermosos. Mirábala él, sugestionado. Luisa estaba ideal. De pie, junto al piano de cola, apoyaba delicada y familiarmente en él su figura flexible y elegante. Su traje del color de las lilas, dando tenue realce á su semblante, de palidez mate, asemejábala á celestial visión que iluminase la luna. Cerraba su púdico escote un artístico prendido de violetas que obscurecíanse á íntima sensación, inclinando tímida y confiadamente sus cabecitas á la tibia caricia del seno blanquísimo...

La conversación de Luisa y Fausto fué haciéndose cada vez más animada, ó mejor, más íntima. Sus llameantes ojos se cruzaban claras y terminantes explicaciones sobre lo que apenas insinuaban los labios.

Los dos estaban solos en el mundo. Ella se había casado muy joven, sólo por obedecer á sus padres, y quedado á los pocos meses viuda. Desde entonces hizo voto de no pensar más en casorios. Es tan difícil hallar al sér que nos comprenda: la compenetración de las almas es el más divino misterio de la felicidad... El era poeta: su nombre era ya querido y respetado en el mundo de las letras. Luisa asentía sonriendo: ¡había visto en ilustraciones y periódicos, intrigándola sin saber por qué, tantas veces su nombre! Como que en más de una ocasión la lectura de sus versos habíala dejado en un estado de preocupación inexplicable...

No cesaban de mirarse pálidos y sonrientes: ¡tenían tantas cosas que contarse! Y agregaban los ojos: «¿Por qué no nos habremos conocido antes?; pero ¿qué importa si es ésta la primera vez que sentimos abrasada nuestra alma por la pura llama, ley eterna de la vida, que cuanto toca regenera?»

Instintivamente se habían acercado el uno al otro, contrastando los cabellos de Fausto, del color de la endrina, con los rubios bucles de la joven: hablaban bajo, él amorosamente inclinado hacia ella, ella envolviendo en una caricia de sus celestes ojos las facciones virilmente hermosas de Fausto.

Tan absortos se hallaban, que no vieron que alguien acababa de penetrar en el salón. Era una joven ricamente ataviada, de figura mórbida, y hermosa, con la hermosura que habla á los sentidos. Entraba desolada, sin duda en busca de Fausto, mas como le viera tan dulcemente entretenido, paróse de súbito con marcado disgusto, exclamando, al fin, con airado, á la vez que suplicante tono:

—¡Fausto!

Y convencida de que apenas era oída, con mayor indignación siguió:

—¡Cómo! ¿Es posible que así de mí te olvides, y de la promesa de permanecer toda esta noche á mi lado, halagándote la idea de que el mundo creyese que eres mi novio?

Fausto se encogió de hombros.

Una nutrida ola de carne humana, aprisionada bajo el atildado frac y en el vistoso y señorial prendido, acababa de inundar aquel salón, ebría de vino y de algazara. Pronto, empero, quedó ésta pospuesta á la más curiosa espectación, cuando aquella brillante sociedad pudo darse cuenta de la escena que os describo.

Poco debió de curarse de esta circunstancia la airada joven, toda vez que, al ver el movimiento de Fausto, con voz arrebatada por los celos y saltando los diques del propio respeto, insistió:

—¡Contéstame; responde á tu Margarita!

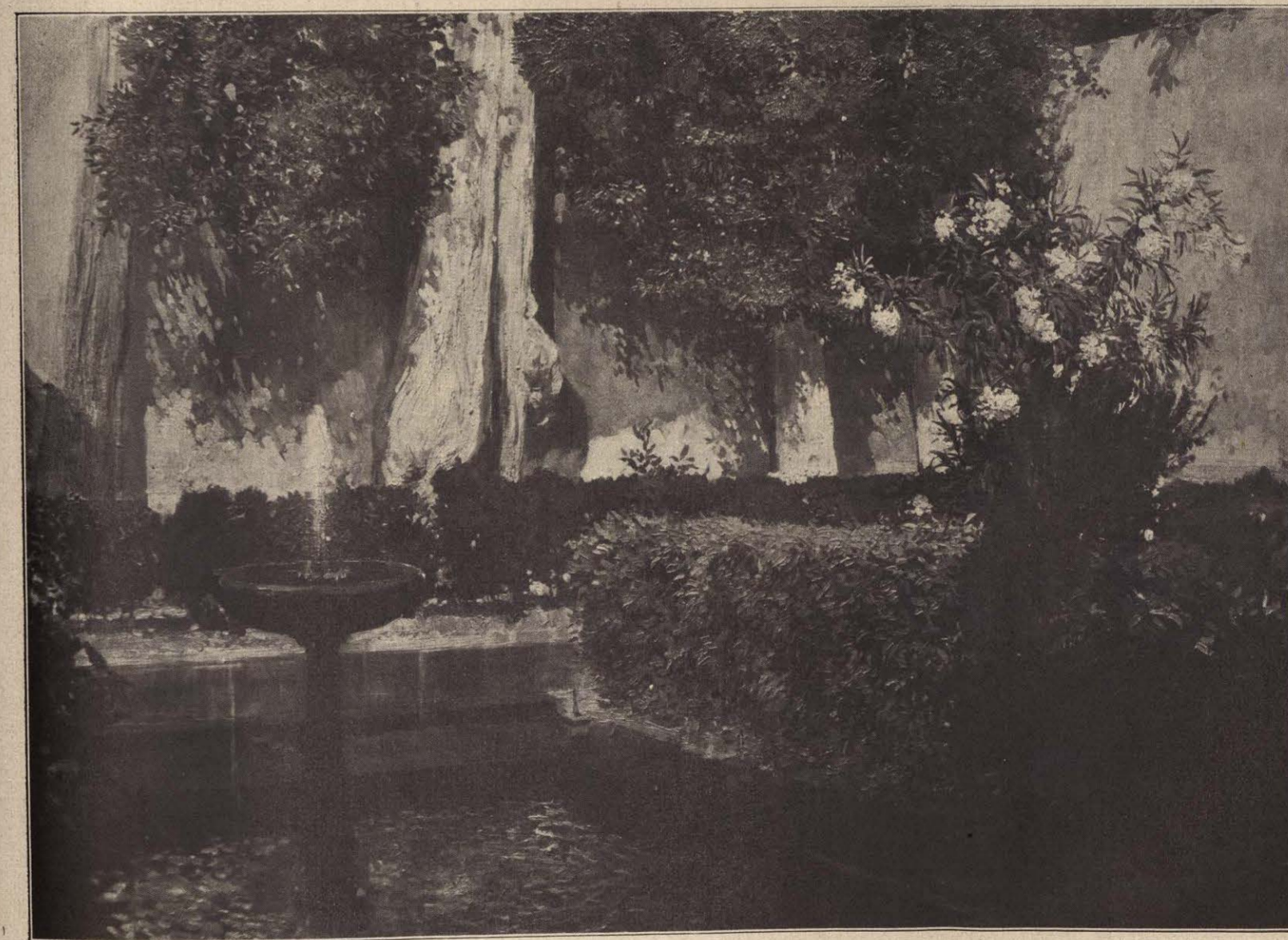
Clavó Fausto en ella, con singular extrañeza, sus ojos, y pasándolos consecutivamente de sus labios rojos, sensuales y temblorosos por la ira, al delicado rostro de Luisa, profirió, emocionado y sincero:

—No, *mi Margarita* no eres ni has podido nunca ser tú: *mi Margarita* es sólo ésta.

Y así diciendo cogió á Luisa por una mano.

Un rayo no hubiera sido con más ensañamiento fulminado que la mirada con que la despechada Margarita pretendió herir á su rival. Esta la soportó serena, casi sonriente y envolviendo Fausto, á su vez, con una mirada, que lo mismo podía ser de reto que de disculpa, á toda aquella gente elegante, indiferente á sus murmullos de reprobación, de los que los implacables *reporters* sacaron curiosos apuntes, y cuyos tiros lo mismo iban dirigidos á él, que á la viudita, que á la temeraria joven que en situación tan ridícula acababa de ponerse, enlazó la mano que tenía cogida de Luisa á su brazo y llevóse á ésta á más solitarias salas, para poder decirle y recoger de sus labios la confesión soñada, la frase siempre oída y siempre nueva, en la que los más divinos misterios del alma se compendian, y que abre en todas épocas la vida á primavera fecunda...

JOSÉ CODINA UMBERT



PATIO DE LA SULTANA — Cuadro de MARIANO BERTUCHL.

Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

MANUEL GARCIA RODRIGUEZ



PAISAJE

Museo Municipal de Barcelona.



Cuadro de José Cusachs.

Exposición Monjo (Rambla de Canaletas, 11).